

ALVAREZ SANTIBAÑEZ, Federico Renato

(Dossier 24 Pág. - 12 artículos)



NOMBRE COMPLETO:

Federico Renato Alvarez Santibañez

EDAD al momento de la detención o muerte:

32 años al momento de su detención

PROFESION U OCUPACION:

Profesor de Química (Educación Media)

FECHA de la detención o muerte:

21 de agosto de 1979

LUGAR de la detención o muerte:

Santiago, XIII región

ORGANISMO RESPONSABLE de la detención o muerte:

Central Nacional de Informaciones (CNI) y Carabineros

TIPO CASO de violación de derechos humanos:

Ejecutado (Muerte por torturas recibidas mientras permaneció detenido en un cuartel de la CNI)

HISTORIA PERSONAL Y POLITICA:

Casado, Militante del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR-Chile) Regional Santiago.

El 21 de agosto de 1979 falleció el profesor **Federico Renato ALVAREZ SANTIBAÑEZ**, militante del MIR. Había sido detenido el 14 de agosto en Santiago por funcionarios de Carabineros en circunstancias, según se señaló, que se preparaba para colocar un artefacto explosivo. Otras versiones, de efectivos que participaron en la detención, indican simplemente que se encontraba lanzando panfletos.

Posteriormente se hacen cargo de su detención funcionarios de la CNI. El 20 de agosto fue conducido por éstos a declarar ante la 3ª Fiscalía Militar. Abogados que se encontraban presentes en ese recinto pudieron apreciar las muy malas condiciones físicas en que se encontraba. De ahí fue conducido a la enfermería de la Penitenciaría, no accediéndose a llevarlo a un hospital. Al día siguiente falleció en la Posta Central donde había sido llevado de urgencia. Al ingresar se le diagnosticó contusiones múltiples, hemoptisis e insuficiencia pulmonar.

Oficialmente se explicó su muerte como consecuencia de que al ser detenido, un carabinero tuvo que darle un golpe en la cabeza para reducirlo.

Sin embargo, de los antecedentes reunidos, especialmente el sumario llevado a cabo por el Colegio Médico en contra de los facultativos que tuvieron participación en los hechos en donde se indica que la causa de la muerte no se vincula con un posible golpe en la cabeza, la Comisión ha adquirido la convicción de que el profesor Alvarez falleció debido a las torturas recibidas mientras permaneció detenido en un cuartel de la CNI, considerando su muerte una violación a los derechos humanos de responsabilidad de agentes estatales.

(Informe Rettig)

Muerte por tortura del profesor Federico Álvarez Santibáñez

El día 20 de Agosto de 1979, dona María Álvarez interpuso ante el Ministro Visitador designado para el efecto una denuncia del delito de homicidio cometido contra su marido. Federico Álvarez Santibáñez, "quien falleció en la Posta Central de la Asistencia Pública el día 21 de agosto de 1979, como consecuencia de las torturas y tratamientos extremadamente crueles que experimentó durante los interrogatorios a que fué sometido desde el día de su detención por funcionarios de Carabineros y de la CNI".

Señala la denunciante que "el día 20 de agosto mi marido fué llevado a la Fiscalía Militar. Mi amiga Oriana Olivos Marín y los abogados Roberto florales y Jaime Hales que allí se encontraban, pudiendo constatar junto conmigo al terrible efecto que habían producido en el las torturas a que lo habían sometido. No podía tenerse en pie, mostraba una herida cortante profunda en el cráneo, su rostro estaba amoratado y apenas podía ver (...)

Es lógico que con insistencia rogáramos al Fiscal Militar que lo enviara de inmediato a un hospital para ser atendido. No fue así; como si nada ocurriera, ese magistrado ordenó su detención en la Penitenciaría, pasando a la enfermería de dicho establecimiento, en calidad de incomunicado ..."

Agrega que "a las 23:55 horas de ese día, un escueto certificado emanado de la Asistencia Publica daba cuenta del ingreso de Federico a dicho establecimiento. El diagnóstico: contusiones múltiples, contusión pulmonar hemoptisis, insuficiencia pulmonar ..."

Finaliza diciendo que "a las 6:50 horas del día 21 de agosto mi marido había fallecido".

Al Ministro designado por la Corte de Apelaciones de :Santiago, don Alberto Chaigneau del Campo, luego de efectuar las investigaciones del caso, determinó que "es dable presumir que los hechos investigados constituirán el delito de homicidio en el que fuerza es responsabilizar en calidad de coautores al funcionario de Carabineros que practicó su detención y a los funcionarios de la CNI que lo sometieron a interrogatorios y en calidad de encubridor al medico que otorgo un certificado de buenas condiciones de salud al egresar Álvarez a esa Institución", razón por la cual dispuso su incompetencia y la continuación del proceso por los Tribunales Militares".

Cuando la Corte Marcial debió conocer de la apelación de lo resolución del Fiscal Militar que denegó la encargatoria de reo de los autores y encubridores del homicidio, los dos Ministros civiles de dicho Tribunal fueron de opinión que procede revocar tal resolución y disponer el procesamiento de inculpados en el carácter de autores del delito de violencia innecesaria causando la muerte a Federico Renato Álvarez Santibáñez, hecho punible previsto y sancionado en el Código de Justicia Militar.

Federico Alvarez fue detenido por el carabinero Raul Lopez Peralta, y fue torturado por miembros de la CNI. Ellos son Jorge Andrade Gomez, Jorge Vargas Borjes, Jose Ubilla Riquelme y Jaime Rubilar Ocampo como autores del delito de violencias

innecesarias con causante de muerte, y al Dr Luis Lozada Fuenzalida como encubridor, ya que le extendiera un certificado de salud luego de ser torturado.

Esta informacion fue extraida por memoriaviva, de un articulo de la Revista Hoy, 1-7 Octubre 1980.

-----0-----

23 de Agosto 2003 El Mercurio

Agrupación de Familiares de Ejecutados Políticos trasladó restos a Cementerio General

La Agrupación de Familiares de Ejecutados Políticos trasladó hoy los restos de cinco opositores al régimen de Augusto Pinochet, ejecutados entre 1973 y 1986, hasta el Memorial a las víctimas del Cementerio General de Santiago.

En el lugar se realizó una ceremonia en la que participaron músicos y poetas y en la que se rindió homenaje a las víctimas, cuyos restos habían sido enterrados por sus familiares durante el gobierno de Pinochet.

Se trata de Federico Alvarez, del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) detenido el 14 de agosto de 1979 y quien murió a causa de las torturas; María Verónica Cienfuegos, acribillada en 1981, y Fernando Vergara, también del MIR, asesinado por la Central Nacional de Informaciones (CNI) en 1984.

También se sepultó en el lugar a Ofelia Villarroel, militante comunista ejecutada en una carretera el 23 de septiembre de 1973, y Rodrigo Rojas Denegri, joven fotógrafo de 19 años, quemado vivo el 2 de julio de 1986 por una patrulla militar durante una jornada de protesta nacional contra el gobierno pinochetista.

En la ceremonia, la Agrupación de Familiares de Ejecutados Políticos rechazó la propuesta de derechos humanos entregada por el Gobierno el pasado día 12, y los asistentes apoyaron a los hijos de víctimas que mantienen desde el lunes una huelga de hambre en protesta por la iniciativa.

Las críticas apuntan a que el proyecto, dado a conocer por el Presidente Ricardo Lagos, establece la posibilidad de inmunidad para los militares que entreguen información sobre los desaparecidos que dejó el régimen de Augusto Pinochet (1973-1990).

Los jóvenes, en huelga de hambre desde el lunes, se encuentran delicados de salud, informó hoy uno de los médicos que les asiste. La secretaria general del Partido Comunista (PC), Gladys Marín, y dirigentes universitarios los visitaron hoy y apoyaron su protesta.

La presidenta de la Cámara de Diputados, Isabel Allende, hija de Salvador Allende, les visitó el viernes y se solidarizó con ellos pero les instó a deponer la huelga.

La diputada socialista dijo que, en general, la iniciativa del Gobierno es un aporte a la reconciliación nacional, aunque precisó que no comparte dar inmunidad o

rebajar penas a quienes aporten información sobre violaciones a los derechos humanos.

Fahra Nehgme, Pablo Villagra y Alberto Rodríguez cumplen su ayuno en la sede de la Izquierda Cristiana, a pocas manzanas de la sede de Gobierno.

-----0-----

PASAJEROS EN EL TREN ELQUINO

En memoria de

Federico alvarez Santibáñez, "Perico"

Martín Faunes Amigo

Federico no hacía gimnasia. «Me quiebro con mucha facilidad», decía, explicándole a nuestros profesores del Liceo de La Serena: «tengo una deficiencia, y con cualquier caída me luxa o me quiebro, así que disculpen» Y le creían, aunque no por eso él pareciera triste o enfermo. Al contrario: se le veía bastante bien leyendo al borde de la cancha, mientras el resto, nos esforzábamos por encestar en el marcador de los campeones. Así era Federico, y qué leía: «Por quién doblan las campanas», «Bestiario» de Cortázar, «El manifiesto». Ese era Federico que hablaba pausado, e intercambiándonos libros aprendimos a querer cambiar el mundo.

Y pasamos aventuras juntos: nos fuimos un jueves con viernes feriado, en el Tren Elquino a la casa de sus padres en Vicuña. El tren a Vicuña era en los fines de semana una fiesta en que cientos de estudiantes bailaban y cantaban, y, esa vez el tren, que avanzaba raudo y lento, fue testigo de cómo dos liceanos de quinto o de sexto, se enamoraron de dos liceanas de tercero o de cuarto, y las besaron en el entre carro a pesar de la furia del viento y de las miradas de los otros pasajeros, que más que censurarnos, nos observaban con la expresión de los que envidian a los enamorados. Llegamos a su casa, cerca de la plaza de Vicuña, me presentó a sus padres y a su hermano, que sí hacía gimnasia, que sí jugaba al básquetbol, y para nuestra «condenación» de intelectuales, médicos futuros que considerábamos al músculo de tercera importancia, llevaba en los brazos muñequeras de cuero negro y se jactaba de las flexiones que era capaz de hacer en un barrón al fondo del patio. Intelectuales y fisiculturistas, vaya hermanos dispares, me dije. Su madre, mientras tanto, matrona del Hospital, nos invitó a asistir a una cesarea, tras lo cual, Federico y yo, desistimos de nuestro futuro como médicos, o aún veterinarios.

Y no sé qué se hicieron esas muchachas de faldas breves que amamos en el Elquino, pero sí sé, que tanto Federico como yo, vencimos a la represión, y nos encontramos mucho después, en paradoja, frente a La Moneda. Fue cuando supe que ya era padre, y que su profesión era la de químico; además supe que conservaba sus convicciones y que continuaba en la lucha. Yo le conté por mi parte, que seguía también, que en eso no había cambios y no renunciaría ni siquiera cuando me echaran a la tumba. Nos abrazamos con Federico despidiéndonos; pero no pasaron dos meses o quizá cuatro o seis, el caso fue que lo atraparon a la salida del Liceo de Maipú donde enseñaba, y lo castigaron duro encerrado en una micro verde de perros. Y los perros que eran de esos que también llaman de «pacos», cuando vieron que Federico se les moría, lo llevaron a la Posta Central donde un falso hipócrates

lo declaró bueno y sano. Al otro día murió Federico Álvarez que no hacía gimnasia, que amaba muchachas en el Tren Elquino, que leía a Cortázar.

Me encontré con su hermano en Avenida La Paz, al ataúd de Federico, las floristas lo habían tapizado de pétalos, nos abrazamos y lloramos -el hermano de Federico llevaba todavía sus muñequeras de culturista físico- «Lo quebraron por completo» me contó sollozando, «mi hermano tenía una deficiencia en los huesos, prácticamente lo molieron por dentro» Pero ocurrió un hecho milagroso: a pesar de que los perros-pacos, en su afán porque terminara lo antes posible ese sepelio que los avergonzaba, nos arrebataron la urna y quisieron llevarla a empujones, ningún pétalo cayó al suelo desde el ataúd de Federico Álvarez o siquiera se salió de donde lo habían puesto. Quizá en homenaje a Federico Álvarez Santibáñez, el Tren Elquino dejó de pasar.

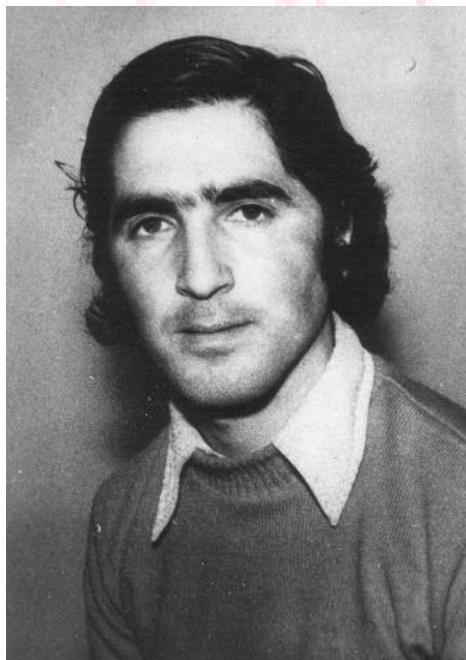
La Historia que podemos contar

<http://www.lashistoriasquepodemoscontar.cl>

FEDERICO JUNTO AL DIAMELO

Dedicado a mi compañero, Federico Álvarez Santibáñez

Por Ana Marín Molina



Federico camina hacia el diamelo, se sitúa ante él y mira hacia la cámara. Tiene treinta y un años, pero representa muchos menos. El pelo negro, brillante y ondulado, cae sobre su frente y las oscuras y gruesas cejas sombrean el café verdoso de sus ojos profundos... Sonríe, o más bien, intenta una sonrisa que sólo se ha quedado en una mueca melancólica y triste. Lleva aquella camisa que le regalé la navidad pasada, unos viejos bluyines desteñidos y los zapatos café con cordón que tanto le gustan.

Mira hacia la cámara con ese gesto suyo que le da un aire de altivez e insolencia. El sonido del obturador ha detenido el tiempo. Sí, para que dos años más tarde yo lo vea y pueda pasar tardes enteras observando su rostro, la línea firme y recta de la

nariz, el corte varonil de sus mejillas, los reflejos del sol en su cabello, los pliegues de la camisa a cuadros de color amarillo, anaranjado y verde, aquel bluyins con la bastilla que cosí y descosí más de una vez, sus manos, la forma de sus dedos, y lo que es más, la expresión de sus ojos que me miran a través del



tiempo y que, quizás, cuántas y cuántas cosas me quisieran decir.

Y está aquí tan cerca, sobre mi cuaderno, con ese amago de sonrisa propio en él, como si quisiera hablarme, como si estuviera a punto de decirme algo. Sin embargo, no.



La última vez que lo vi, su rostro era plomizo y sus labios estaban hinchados y con sangre. Grandes ojeras hacían más lúgubres esos ojos vacíos que me miraban desde los límites del sufrimiento. Sus cabellos revueltos y ensangrentados caían opacos sombreando su amplia frente. Este cuerpo, que resplandece en la fotografía, lleno de juventud, de vitalidad y de optimismo, sería más tarde víctima del más cobarde y vil ensañamiento quedando reducido a un guiñapo humano, a un zombi, a un muñeco de trapo que, con los brazos colgando mustios a los costados, con la cabeza rota, el cuerpo hecho una llaga, sosteniéndose en pie por extraño milagro, me clavaría unos ojos grises e inexpresivos desde el territorio más remoto de la impotencia y del dolor. Pero no olviden que hace sólo dos años, Federico caminó hacia el diamelo, se situó ante él e intentó

sonreír, para que yo siguiera recordando su risa en este cruel presente, ahora que no la tengo más.

Cierta noche, hace varios años, cuando llevábamos pocos meses casados, tuve una pesadilla y desperté asustada.

-Chico, si te mueres no podría seguir viviendo... ¿Con qué fin viviría? ¿Qué sería la vida sin ti?

-No seas tonta. No soy el único que puede hacerte feliz. Encontrarás a alguien.

-No.

-Nadie es imprescindible. Aunque nos cueste reconocerlo, es así.

-Me gustaría que muriésemos juntos. O yo primero. Porque no puedo hacerme la idea de quedar sola. Sería tan terrible.

-Eres egoísta. Deseas morir primero para que sea yo el que deba cargar con la tristeza y la soledad.

-No soy egoísta. Tal vez sea cobarde.

-No hablemos más de esto... ¿Por qué eres siempre así de pesimista? ¿Por qué hablar de la muerte? No podemos vivir pensando en eso. Si empiezas a darle vueltas al asunto lo único que conseguirás es amargarte y al final no disfrutar de nada.

-Federico, te quiero.

-¿Y eso qué? Yo también te quiero un poquitito.

-Si me quieres no me dejes sola, por favor, nunca...

-No me pienso morir. No, todavía.

-Chico, ¿te dormiste?

-Sí. Hace rato.

-Tengo miedo...

Entonces Federico me estrechaba en sus brazos, me acariciaba el cabello y me contaba historias. Yo sentía llegar la calma poco a poco y un sueño dulce me transportaba lejos, más allá de su pecho y de su corazón.

Llegamos al hospital cerca de la una. Todo estaba en regla, estaba lista incluso esa maleta vieja que me prestó una amiga y que llené de pañales y ropa pequeñita con tantos meses de anticipación. Nos miramos antes de despedirnos. Me hiciste un guiño: "Todo va a salir bien". Alguien me condujo al tercer piso, pidieron mi maleta y me encontré de pronto en una sala limpia y espaciosa con fuerte olor a medicamentos... ¿Sentí miedo? Tal vez, pero pensaba en ti. Quizás irías preocupado recorriendo aquel camino a casa, con el ceño fruncido y la frente cortada por los profundos pliegues que te dibujan siempre los momentos difíciles. Sin embargo, dime... ¿No fue acaso lo que siempre esperamos? ¿No fue este día el que ansiamos tanto y tanto disfrutar y vivir? Un hijo... ¿Cierto? Tuyo y mío.

A las tres de la tarde me hallaba en una cama blanca, junto a la ventana. La aguja del suero en el brazo izquierdo, sin moverme, esperando que llegara la hora. Luego, ciertos dolores, desconocidos antes para mí, empezaron a hacerse presentes. Había sol, sí. Un pálido sol de comienzos de julio. La gente subía y bajaba por la calle ascendente que va a las poblaciones obreras, allá en el cerro.

¿Será niña? ¿Será varón? Aunque no lo confieso deseo interiormente que sea un hombre, sí, y que se parezca mucho a ti. Cada vez los dolores son más insoportables. Trato de pensar en otras cosas como me aconsejaste, intento relajarme, ayudar al pequeño en su búsqueda de la salida. No gritaré. No lloraré ni me tiraré el pelo como en las películas. No pienso aferrarme a los barrotes del catre. Nada de eso. No estoy en una clínica. Soy indigente y las indigentes no tienen derecho a llorar. Es verdad. Me lo han dicho. Las insultan y retan cuando empiezan con gritos o lamentos: "¿No te gustó, pues? ¡Ahora aguanta! ¡Ya, ya, ya! ¡Deja de hacer escándalo!"

Ningún sonido ha escapado de mi garganta, Federico, sólo tarareo mentalmente una canción y pienso en ti. Son las nueve de la noche. La ciudad es ahora un montón de luces en un fondo negro. Mi respiración ha cambiado, no he podido evitarlo, transpiro, los dolores son cada vez más fuertes y con tanta frecuencia... ¿Cuánto falta aún? ¿Lograré soportar?



Desde ese día trágico de agosto que se ha quedado estático en el tiempo, como un lamento lúgubre infinito, como una herida que jamás se cierra. Desde entonces, principio de mi angustia, desde entonces y para siempre, siempre, envuelta en soledades y silencio, combatiendo con toda mi desdicha, no me he atrevido a levantar la vista

ni al cielo anochecido más hermoso.
Por temor a divisar tu sombra,
tu imagen desde entonces imborrable,
tu chaquetón azul, viejo y gastado,
tu bufanda de lana blanca, blanca,
caminando entre estrellas imprecisas.
Tu imagen tan querida y añorada.
Con la mirada triste y desteñida,
la esperanza marchita y en girones
y el corazón, cual máquina oxidada,
olvidado en el fondo de un bolsillo.
Para no verte así no miro el cielo
desde ese día trágico de agosto.

----- O -----
Federico, compañero,
devuélveme la alegría
que te llevaste ese día
cuando en trágico sendero
un zarpazo traicionero
puso fin a tu existencia.
Mientras lloro la carencia
de tu mágica dulzura
grito en esta noche oscura
devuélvanme su presencia.
----- O -----

Federico Álvarez Santibáñez, “Perico”, militante del MIR, químico laboratorista y profesor de química del Liceo Maipú, ex alumno del Liceo de Hombres de La Serena y de la Universidad de esa misma ciudad. Falleció el 21 de agosto de 1979 tras haber sido detenido por carabineros que lo entregaron a la CNI. En su declaración ante la Fiscalía Militar los abogados apreciaron las terribles condiciones en que se encontraba, a pesar de lo cual no se lo remitió al hospital. Al día siguiente falleció en la Posta Central donde debió ser llevado de urgencia y donde se le diagnosticó contusiones múltiples, hemoptisis e insuficiencia pulmonar. Sin embargo, oficialmente se explicó su muerte como consecuencia de un golpe en la cabeza dado por un carabinero al reducirlo.

En contra partida, el Colegio Médico realizó un sumario en contra de los facultativos que tuvieron participación en los trabajos de tortura del CNI, ya que en la Posta Central, donde Federico en definitiva fallece, se indicó que la causa de la muerte no se vincula a ningún golpe en la cabeza, sino a las torturas ocasionadas por la CNI. De esta manera, entre los médicos sancionados por el Colegio Médico se menciona a Camilo Azar Saba: participación en torturas al interior de recintos de la CNI; un dictamen que afectó además a los doctores Luis Losada Fuenzalida, Manfred Jurgensen Caesar. p> La llamada “Comisión Funa”, acudió a denunciar a Camilo Azar a su propio domicilio en La Reina, el 20 de diciembre de 2004. “es un médico que puso sus conocimientos al servicio de la tortura aplicada por la CNI al interior de recintos clandestinos”, agregando que “el caso más conocido de su actuación es el que causó la muerte de Federico Alvarez Santibáñez –Perico-, quien dejó una viuda, un hijo y el ejemplo de consecuencia de un hombre que se atrevió a enfrentar a la dictadura a pesar de los momentos extremadamente adversos.

Hasta la fecha, la Comisión Funa ha denunciado por torturadores en sus lugares de trabajo a los médicos Alejandro Forero, Werner Zanghellini, Roberto Lailhacar y

Sergio Muñoz Bonta, quien continúa trabajando en la sección dental del Hospital Barros Luco.

Federico era ex alumno del Liceo de Hombres de La Serena; liceo del cual egresaron también Horacio Carabantes Olivares y Óscar Rojas Cuéllar. Con este último fue compañero además en la Universidad de Chile Sede La Serena.

La Historia que podemos contar

<http://www.lashistoriasquepodemoscontar.cl>

-----0-----

LA ÚLTIMA LECCIÓN DEL PROFESOR

Dedicado a Federico Álvarez Santibáñez
Por Ana Marín Molina

El 16 de agosto de 1979, recibo un telegrama de mi suegra pidiéndome que la llame por teléfono. La llamo inmediatamente y me dice que han detenido a Federico y que le han allanado su casa.

Saber que el Chico ha sido detenido me impacta. Sé que va a ser torturado y sufro y me preocupo por eso. Mi madre me sigue por la casa haciendo mil preguntas. Yo no deseo hablarle para no preocuparla más. "Lo deben estar interrogando", digo. Pero ella insiste: "¿Y qué le irán a hacer? ¿Qué pasará?"

Llamo a uno de mis primos, al que es detective. Le cuento lo que está sucediendo y se asusta. Me dice: "Si mis tíos tienen los medios, ándate mañana mismo del país". Me aconseja irme de Chile de inmediato. En primer lugar, mis padres no tienen los medios económicos para enviarme de un día para otro al extranjero. Y en segundo lugar, ¿a dónde voy?... Rechazo esta posibilidad en seguida. Y le digo a mi primo: "Tengo mi conciencia tranquila. Jamás he hecho nada malo. ¿Por qué debo arrancar?"

El domingo en la noche parto en bus a Santiago. Es el 19 de agosto. Mi primo me va a dejar al terminal. Me dice: "Desde ahora en adelante compórtate como si estuvieras dentro de un acuario. Seguramente te seguirán. Observarán todos tus movimientos". El viaje se me hace eterno. Pienso una y mil cosas. Y también rezo mucho. Una sola frase repetida hasta el cansancio: "Señor, que todo salga bien. Señor, que todo salga bien".

Llego al terminal norte a las 6:30 de la mañana, me lavo y me cambio ropa en el baño de Los Conquistadores. Me demoro más de lo necesario lavándome los dientes, pues sé que es temprano aún y debo hacer hora antes de ir a la UTE a contarle a una amiga y compañera de curso lo que está sucediendo. Al fin tomo una micro y me dirijo a la universidad.

Las clases ya han iniciado. Por el pasillo están las puertas de las salas cerradas, así es que doy la vuelta y la miro por el gran ventanal que da hacia al patio. Le hago señas desde afuera y ella sale. "Detuvieron al Chico", le digo. "Nadie sabe de su paradero. Por favor, ayúdame a buscarlo".

Vamos a la Vicaría de la Solidaridad a preguntar y ahí nos dicen que -después de tener algunos días a los detenidos en las cárceles secretas de la CNI- los llevan a declarar a la Fiscalía Militar. Nos aconsejan ir a la Fiscalía.

Ya en la calle, nos damos cuenta de que no tenemos idea de dónde queda. Pedimos indicaciones a los transeúntes, finalmente alguien lo sabe y nos dice que está ubicada en la Alameda, cerca del monumento a los Padres de la Patria.

Es el 20 de agosto y se festeja el famoso natalicio de O'Higgins. La Alameda está llena de niños del liceo -listos para el desfile- y se escuchan discursos en los altoparlantes. Tenemos que cruzar por el medio de ellos, entre bandas de música, redobles de tambores. Algunos muchachos nos dicen cosas, nos molestan, echan la talla, rien, sin siquiera imaginar en qué andamos nosotras. Yo, con un pequeño bolso de viaje y la cartera. Mi amiga, con su bolso de universitaria y sus cuadernos. Preguntando aquí y allá, por fin damos con la Fiscalía. Consultamos a un joven soldado que está ahí en un mesón atendiendo a la gente y dice que Federico Álvarez no aparece anotado en los registros, pero que dentro de poco van a llegar otros detenidos. Que esperemos.

Ya son casi las tres de la tarde. Nos sentamos frente a frente en unas bancas junto a la puerta de entrada. Saco un cuaderno y empiezo a escribir una carta a mis padres, para contarles lo que está pasando y tranquilizarlos. No sé qué se pone a hacer mi amiga, pero de pronto dice: "Acaban de pasar unos hombres llevando a otro... ¡Lo llevan arrastrando!"

No los alcanzo a ver, porque suben las escalas muy rápido. El soldado que está allí, grita hacia arriba: "¡Los tienen que ingresar!" Y luego baja un hombre y da los datos de los dos detenidos que han llevado con tanta rapidez hacia el segundo piso. Siento el nombre del Chico y ambas nos acercamos a averiguar. "Es mi marido. Es mi marido", digo.

El hombre sube las escalas de nuevo, sin dignarse a mirarnos, y el soldado me dice: "Sí, se trata de su marido, pero no pueden pasar las dos: sólo una persona". Tengo que dejar el carnet, y él me pone una especie de tarjeta en el pecho para identificarme. Mi amiga se queda abajo y yo subo.

Arriba hay otra sala de espera, mucho más amplia y grande. Varias personas están ahí de pie, o sentadas en completo silencio. En un rincón veo a dos gendarmes conversando en voz baja y lanzando, de tanto en tanto, miradas significativas a la gente. No sé qué hacer, no sé qué decir, y permanezco un instante de pie en medio de la sala, tratando de ubicarme. De pronto, al fondo de un pasillo, veo al Chico.

Me acerco a él y le acaricio el pelo. Él me mira y es como si no me conociera. "Quién es usted", escucho que me dicen. Hay dos hombres vestidos de civil que vigilan al Chico y al otro detenido. "Soy su esposa", respondo. "No puede hablar con él", me dicen. "Espere aquí un momento".

Uno de ellos, el más joven, entra a preguntar algo en la pieza del lado. Una idea inquietante me pasa por la mente: "¡Ahora me detienen a mí!".

El hombre vuelve y dice: "Espere allá, en la sala. Aquí no puede estar". "Quiero hablar con mi marido", insisto. "Después de que declare. Está incomunicado". El Chico trata de mirarme, pero aún no sé si me ha reconocido.

"No puede quedarse aquí, señora", vuelve a decirme el hombre. Obedezco y me encamino lentamente hacia la sala, pero me detengo al otro extremo del pasillo. Me apoyo a la pared y espero.

El Chico mueve la cabeza en cámara lenta y me mira con unos ojos que yo jamás le he visto. Trato de sonreírle. Trato de recoger una señal de reconocimiento en ellos. Es inútil. Es como si mirara sin verme. Su rostro no dibuja ninguna expresión. Me muerdo los labios de rabia e impotencia, mientras digo en silencio: "Señor, parece un zombi".

El más viejo de los que vigilan lo sorprende mirándome y le da un manotón en la cabeza, para obligarlo a volver a su posición inicial: de cara a la pared.

Siento que hiervo por dentro de la ira.

El otro detenido, un muchacho que está cerca de mi marido, se ve más joven. Su aspecto es más normal, más saludable.

El Chico apenas puede tenerse en pie. Veo que apoya la frente contra el muro. Tiene las manos atrás y, de repente, las lleva hacia adelante y se las mira: las abre y las cierra. Examina sus dedos.

Yo lo observo. Me parece un muñeco. Un enorme muñeco de trapo tirado ahí, en un rincón cualquiera, olvidado de todos. Me mira nuevamente. Yo me trago las lágrimas e intento una sonrisa. Otro manotón del vigilante.

Me voy a la sala de espera y me siento a llorar. Luego se me ocurre una idea. Debo salir a comprarle algo: galletas, chocolate, algunas cajetillas de cigarro. Lo que sea. Son las tres y media. "Voy y vuelvo", pienso.

Dejo la tarjeta y me devuelven mis documentos. Digo que volveré. Con mi amiga vamos a comprar algunas cosas y pasamos a la Vicaría. Hablo con la asistente social y le cuento que he visto a Federico. Y en qué estado lo he visto. Les ruego que hagan algo. Que traten de hacer algo por él. Que necesita ayuda.

La asistente me dice que no puede hacer nada. Que vuelva a la Fiscalía y que trate de hablarle, de estar ahí presente. Ellos se pondrán en contacto con los abogados, para avisarles que se encuentra allí.

Vuelvo a la Fiscalía Militar con dos cajetillas de cigarro y dos barras de chocolate en mi cartera.

Hablo de nuevo con el soldado y me da la tarjeta para poder entrar. Dejo mis documentos. Subo la escala. El Chico sigue al fondo del pasillo. Me instalo ahí en el corredor para que pueda verme. Él me ve.

Pasa el tiempo. Los dos hombres que lo están vigilando miran la hora una y otra vez. Ya se está haciendo tarde. Querrán volver a casa. Los esperarán seguramente las mujeres, los hijos, la familia. "¿Cómo te fue en tu trabajo, papi?", les preguntarán. "¿Qué hiciste?"... Trato de imaginar qué cosa podrán responder a sus hijos.

Voy un momento a la sala de espera a sonarme y a secarme las lágrimas. No quiero que él me vea llorar. Me aclaro la garganta, busco un chicle, me peino un poco, y vuelvo a dirigirme hacia el pasillo.

Uno de los gendarmes me llama. Me acerco a él y -en voz muy baja- como si estuviese por hacer algo prohibido, como si hubiese decidido transformarse en mi cómplice, dice: "Esos señores que acaban de entrar son abogados de la Vicaría. Hable con ellos." Miro a los gendarmes sin entender muy bien lo que está sucediendo. Ambos sonríen para darme valor. Son hombres maduros. Gente del pueblo. Deben ser padres de familia.

"Gracias", les digo. "Muchas gracias". Y corro detrás de los señores que me han indicado.

"Señor, por favor, ayúdeme", le ruego a uno de ellos, tocándole la espalda. Se vuelve hacia mí con gran sorpresa. "Quién es usted", me dice, casi a la defensiva. "Soy la esposa de uno de los dos detenidos".

Sólo entonces su actitud cambia, se vuelve más paterna, más dulce. "¿De cuál de ellos?", quiere saber. "Del más bajito", le respondo.

Él me toma del brazo y me conduce a la sala de espera. "Señora", me dice, "su marido está muy mal".

Al escucharlo decir esto siento un vacío en el estómago. Sí: se ve mal, pero pensaba que así quedaban todos los detenidos después de haber sido sometidos a días y días de tortura. Sin embargo, el abogado ha visto a tantos y si dice que Federico está mal es porque lo está realmente.

"Su marido está muy mal", repite. "Se está desmayando solo ahí dentro". Pienso que quizás ya lo han llamado a declarar y me asalta un gran impulso de arrancarme, de escapar de ahí, porque siento un terror enorme al sólo pensar en tener que enfrentarlo.

Si es que está tan mal como dicen, quizás no pueda continuar reprimiéndome. Lo más seguro es que rompa en sollozos ahí mismo. Y no quiero llorar delante de él. "Señora", escucho que me dice el abogado, "yo trataré de que envíen a su marido a la enfermería". Usted quédese aquí. Trate de hablarle".

Me resigno.

Ya casi no va quedando nadie en la sala. Sólo yo y los dos gendarmes que, según dicen, están esperando a los dos detenidos. "¿Y dónde los llevarán?", pregunto. "A la Penitenciaría". "¿Se pueden ir a visitar?". "Sí, mañana es día de visita".

"Llévele útiles de aseo a su marido, señora", me dice uno de ellos. "Todos llegan con unas ganas tremendas de ducharse, de cambiarse ropa. Lévele ropa limpia". "Ah, y un servicio de plástico, también", agrega el otro. "Cuchara, tenedor y cuchillo. De metal no se puede".

Llega el soldado joven a quién he dejado mis documentos en la entrada. Ha terminado el turno. Viene en compañía de mi amiga. "¿Todavía no puede hablar con su marido, señora?", me pregunta, sentándose en una banca, junto a los dos gendarmes. Mi amiga y yo permanecemos de pie conversando con ellos. De tanto en tanto doy ansiosas miradas hacia el fondo del largo pasadizo, por si veo aparecer al Chico.

"¿Lo pudo ver?", me dice el joven. "Sí, y está muy mal", respondo. "Como que no me reconoce".

"Así terminan estos jóvenes idealistas", dice él. "Es inútil ponerse contra los militares".

Lo escucho sin hacer comentarios.

De pronto veo que se ponen de pie y miro hacia el pasillo. Dos carabineros traen al Chico, sosteniéndolo, porque se ve que apenas puede caminar. Lo entregan a los gendarmes. Los de civil ya no se ven. Han desaparecido.

"¿Puedo ahora hablar con él?", digo yo, acercándome. Un carabinero que camina detrás de mi marido -y que al parecer tiene un grado bastante alto-, pregunta quién soy yo.

Federico se da vuelta y responde con una voz que le sale apenas de los labios hinchados: "Es mi señora, es mi señora", dice. Lo dice con orgullo. Y dentro de mi desesperación yo me siento feliz al ver que me ha reconocido.

"No, no puede hablar con él", dice el carabinero. "Está incomunicado".
"¿Pero le puedo dar por lo menos estas cosas?", pregunto, tratando de abrir la cartera para sacar el chocolate y los cigarros.

"No", dice el carabinero. "Nada".

No sé qué cara pongo, porque el Chico me mira y dice, tratando de calmarme: "Estoy bien, estoy bien, sólo un poco agotado".

Tiene el rostro pálido y plomizo, lleno de moretones. Los labios hinchados y con sangre seca en las comisuras. Grandes ojeras. El pelo sucio, revuelto, apelmazado por la sangre. Apenas camina. Y no obstante el estado físico lamentable, recurre a su gran fortaleza interior para tratar de sonreírme. Se esfuerza por tranquilizarme. En ese instante lo admiro más que nunca. Con su comportamiento digno -en ese cruel calvario- me está dando la lección más grande: una bella lección sobre la vida, la muerte y el amor.

Inician a descender la escala y observo agradecida cómo los gendarmes lo ayudan -pacientemente- a dar cada paso. Como si se tratara de un niño pequeño que antes del tiempo la madre intenta hacerlo caminar.

Voy detrás con mi amiga y cerca de nosotras va el otro detenido que puede desplazarse sin problemas.

"¿Iba mucha gente a su casa?", siento que me preguntan. Es el carabinero que no ha logrado evitar interrogarme. "Casi nadie", digo yo. "Tenemos pocos amigos".
"¿Usted sabía que su marido estaba...?" "No. No sé nada", lo interrumpo. "No quiero saber nada. Todo esto es una pesadilla de la cual no me puedo despertar".

"La entiendo, la entiendo, disculpe", dice él. Y se queda en silencio.

Abajo sólo están esperando que nosotros salgamos para cerrar la puerta. Son las siete y media de la tarde. Entrego la tarjeta y retiro mi cédula de identidad. Veo que los gendarmes están abriendo la puerta posterior de un auto y están haciendo

entrar a mi marido. Él se apoya al asiento con la ayuda de ellos, pero no logra levantar las piernas para subirlas al vehículo. El otro detenido se agacha para ayudarlo. "Despacito", digo yo. "Despacito". Porque me da la impresión de que Federico no tiene un hueso sano. Al fin logran subirlo.

Los gendarmes hacen subir al otro joven por el lado opuesto. Y antes de que cierren la puerta que está cerca del Chico, siento que debo decirle algo. Pero una cosa que sea realmente importante.

"Chico, te quiero mucho", digo. Lo suficientemente fuerte para que él me escuche, y al mismo tiempo tratando de que nadie más oiga.

Siempre he tenido dificultad para expresar mis sentimientos frente a extraños. Sin embargo, presiento que esta vez no lo puedo callar: "Chico, te quiero mucho", digo. "También yo, chiquita", dice él. Y me sorprende, porque jamás me ha llamado 'chiquita'.

"Cuentas con todo mi apoyo", agrego, viendo que los gendarmes no se deciden a cerrar la puerta. "Gracias", dice él, y me queda mirando. "Mañana iré a verte a la penitenciaría, te llevaré tus cosas y..."

Pero no logro decirle nada más, porque cierran la puerta.

El vehículo parte. Le hago chao a Federico con la mano. Le tiro un beso. Él me mira tratando de sonreír.

Le sigo haciendo chao hasta que el auto dobla la esquina y se pierde de vista.

Sólo entonces me pongo a llorar.

La Historia que podemos contar

<http://www.lashistoriasquepodemoscontar.cl>

Coquimbo

En recuerdo de Federico Álvarez, Germán Cuello, Mario Romero y Sonia Valencia.
Por Ana Marín Molina



Fue temprano, en la mañana, mientras vestía al niño, mientras tú -aún tendido en la cama- escuchabas las primeras noticias como lo hacías siempre. El sol de inicios de verano ocupaba la pieza y por las calles de la población



la gente se aprontaba a recibir otro nuevo año.

No sé cómo escuchaste, Federico, o quizás esperabas escuchar algo al respecto. Lo cierto es que saltaste de la cama y corriste hacia el living y alzaste al máximo el volumen de nuestra vieja radio. Algo decía que no quise entender, que no pude entender, que tuve que pedirte me explicaras.

Te duchaste y vestiste con una velocidad extraordinaria. "Voy a comprar el diario", escuché que decías y me quedé sintiendo ese eco trágico de una puerta que se cierra de golpe. Hice el almuerzo como cada día, porque esos sobresaltos no nos eran extraños. Cuando al fin regresaste, vi aquellas grandes letras que, en rojo intenso, anunciaban las sólitas desgracias de la primera página:

"TRES EXTREMISTAS MUEREN AL EXPLOTAR LA BOMBA QUE ESTABAN PREPARANDO".

"¿Sabes quiénes son?", me atreví a preguntar. "Creo saberlo, pero no estoy seguro", murmuraste. Revisamos con avidez las páginas del diario, con una rapidez vertiginosa, con desesperación, con el deseo de saberlo luego, fuese aquello que fuese. Es más terrible aún la incertidumbre que la verdad más negra.

No pude resistirlo y te arranqué las hojas de las manos. Busqué y busqué más detalladamente y... sí. Un título pequeño. Un miserable y minúsculo artículo. Sólo unas pocas líneas: "Tres extremistas mueren en Coquimbo". Lo único seguro eran esos dos nombres conocidos. El tercero -decía la noticia- no había sido identificado. "Es Rogelio", dijiste. Con una voz extraña que no te conocía.

La chica Lila, Rodrigo y Rogelio. Y un vacío increíble me pesó en el estómago. No me pude mover. Releí una y otra vez esas líneas confusas del raquítico artículo... ¡Qué contraste con el título inmenso de la primera página! "¡Pero, cómo!", recuerdo que grité, cuando pude articular palabra. Tú lo sabías ya, tú lo sabías.

Serví en silencio los platos de lentejas que ninguno probó. No me acuerdo del niño. No sé si habrá comido, no sé qué habrá sentido viéndonos consternados, viéndonos invadidos por la pena y la rabia. No. No sé si fue rabia, más bien era impotencia, una amargura enorme, una desolación desesperante. Nuestro pequeño hijo tenía poco más de un año en ese tiempo.

No recuerdo si aquel día lloré. Sólo sé que quería huir lejos. Las paredes de nuestro departamento me asfixiaban. Quería ir no sé a dónde, estar libre, al abierto, a todo campo. Quería estar fuera de mí y no sentir ese dolor terrible que me apretaba el pecho y la garganta.

Salimos a caminar, rumiando nuestra incredulidad y nuestra pena en tácito silencio. Compramos un helado para el niño y nos sentamos sobre un grueso tronco, bajo el sol de la tarde. El verano llegaba nuevamente, todo resplandecía, aun en esas casas malandadas de nuestro humilde barrio en los alrededores de Santiago.

Yo pensaba en la Chica, y estrechando aún más fuerte la manito de mi hijo, yo pensaba en sus hijos. Recordaba a Rodrigo, compañero de la Chica, con aquella mirada de niño pobre que ha crecido de prisa y aún no se ha dado cuenta. Su sonrisa, sus bromas, su manera imprevista de llegar, y ese buscar pretextos para seguir hablando y comentando cosas sin importancia y retardar la hora de marcharse. Y Rogelio, callado y taciturno, pero abierto, amigable, cariñoso, al jugar

con nuestro hijo. Los tres muertos. Los cuatro muertos. Porque la Chica estaba embarazada. Tenía siete meses de embarazo.

Cuando el niño terminó su helado, volvimos a la casa. Sólo Rogelio la había conocido, sólo él se había sentado a nuestra mesa. Siempre que aparecía, a la hora que fuera, yo hacía esta pregunta: "¿Has comido? ¿Quieres que te sirva algo?" Y él, sonriendo un poco avergonzado, aceptaba. Y un día de diciembre acabó todo.

El 31, en la tradicional fiesta de Año Nuevo, intercambiando abrazos desolados y fingidas sonrisas con nuestros familiares, pensábamos en ellos: en los tres 'extremistas', en nuestros tres amigos, nuestros tres compañeros. En tanto, los padres de Rogelio -que aún desconocían la noticia- brindaban a su salud un poco tristes por la insólita ausencia. Mientras el otro hijo, conocedor de la horrible verdad de aquel 'urgente viaje', se tragaba las lágrimas para no anticipar el dolor a los padres, y para no amargarles la cena de fin de año.

Mucho tiempo sufrí por causa de esto. Más tarde otros dolores lo relegaron a segundo plano: tú fuiste detenido y moriste en tortura, dejando a nuestro hijo sin un padre. Un dolor se sobrepone a otro y así sigue la vida.

Ahora que estoy sola, me quedan los recuerdos. Son sueños inconclusos, fragmentos de historias increíbles que se cruzan y mezclan, escenas repetidas, siluetas esfumadas, miradas y destellos de sonrisas antiguas. Anoche, por ejemplo, en sueños vi a Rodrigo. Lograba verlo bien, nítidamente. Con pantalón oscuro y camiseta blanca. Delgado, como era, con músculos enérgicos. Sonreía al hablarme, con esa simpatía y ese aire incorregible de gran complicidad en él característicos. Entonces desperté, y traté de olvidarlo. No quería volver a recordar esos hechos tan tristes. Mas su imagen siguió todo el día en mi mente. Volví a vivirlo todo, todas aquellas cosas, y -para liberarme- he debido escribirlas.

Germán Cuello, Mario Romero y Sonia Valencia, compañera de Mario, se vieron envueltos en una encerrona de la CNI en los cerros de Coquimbo, donde se simuló su asesinato diciendo que les habría explotado un bomba que ellos mismos armaban. Sonia dejó dos hijos huérfanos y, el que esperaba por ya siete meses, murió con ella. El asesinato de Sonia y su hijo, Mario y Germán, se suma a los muchos otros que el Informe Rettig no consideró por "no haber pruebas suficientes".

No muy lejos de donde dinamitaron a Germán, Mario y a Sonia, tras el golpe de estado, unos militares que cuidaban un gasómetro, ejecutaron a los niños Rodrigo Palma Moraga y Jimmy Christie Bossy y ocultaron sus cadáveres. Los militares asesinos estaban bajo el mando de Ariosto Lapostol Orrego, comandante del Regimiento Arica y de Juan Emilio Cheyre Espinoza, que en el momento de ocurridos los hechos se desempeñaba como ayudante del comandante Lapostol (su "delfín"), pero ninguno de los dos ha querido revelar la identidad de los uniformados asesinos. Conozca más detalles en Guayacán, donde ejecutaron a niños.

-----0-----

Agosto

En la noche te acuestas a dormir y ves, con los ojos cerrados, que todo sigue transcurriendo en torno, que pasan las imágenes precisas, nítidas, exasperantes, y tú vuelves a ver los escalones que llevan hacia lo desconocido.

Ves los interminables corredores estrechos, las sombrías y desesperantes salas de espera. La gente que se tuerce las manos, nerviosamente, que mira el reloj una y otra vez, que comenta en voz baja, que se alza y camina en redondo con los ojos vueltos hacia dentro.

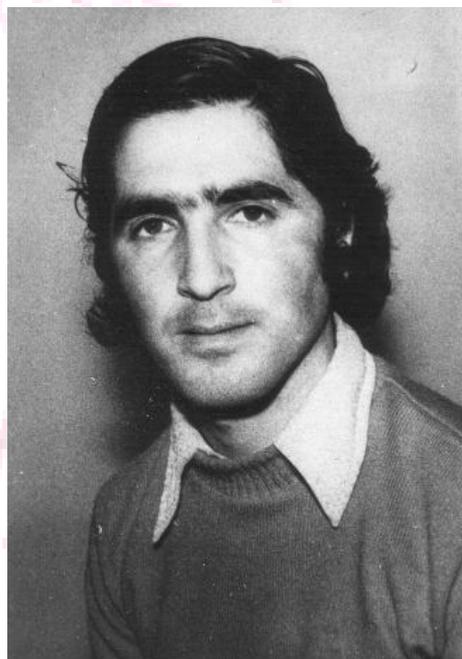
Y tú sabes que estás sola, esperando por obligación, rechazando con todas tus fuerzas ese deseo inmenso de salir corriendo, de desaparecer, de ser otra, de empezar de nuevo, desde cero. Una página en blanco en un cuaderno en limpio. Un día nuevo, totalmente nuevo.

Pero te quedas enclavada ahí tratando de que él no sé dé cuenta de lo que pasa en tu interior. Y le sonríes. Y lo ves de cara a la pared, manteniéndose en pie a duras penas. No sabes lo que siente, no sabes lo que piensa. Lo miras nada más, y le sonríes, mientras él sigue muriendo inevitablemente dentro de su silencio.

Y la distancia es tan corta que podrías tocarlo. Pero no puedes, porque ya es infinita, definitiva, eterna, para siempre.

Y se te quedará en el recuerdo ese color violáceo de su rostro, sus cabellos desordenados y con sangre. Sus ojos que te miran sin verte. Su voz que más que voz es un presentimiento. Un sonido que no alcanza a existir y se disuelve en ecos y espejismos.

Porque la juventud se te ha quedado atrás, irremediablemente lejos, muy lejos, en la vida vivida. Detenida en un infausto martes de un oscuro septiembre, en las voces de los altoparlantes, en las banderas que salían presurosas a flamear en los techos, desteñidas de miedo. En el rumor sordo de la metralla, en la luz de aquellos reflectores rebanando la noche. En las interminables horas de silencio, en el toque de queda. En las sirenas que pasaban nocturnas arañando los sueños. En las sonrisitas delicadas e irónicas de la escuálida gente razonable: "Yo te lo había dicho". En el terror de piedra que te aplastaba el pecho hasta hacerlo explotar en mil quemantes y despreciables lágrimas de cobardía. Ahí se había quedado. En los ojos abiertos, desmesuradamente abiertos al horror. En sus puños cerrados de impotencia. En esa carcajada que hiciste retumbar en todos los pasillos y que anunciaba un capítulo más que concluía. Una risa impregnada de llanto reprimido. Un tentativo absurdo de no mostrarse derrotada.



Porque le habían amarrado las manos. Sí. Sí. Y no podía hablar. La vida se concentraba en esos ojos grises de una expresión indescriptible que fijaba en los tuyos. Tú no querías mirarlo. Querías irte. Dejarlo solo con su lentísima agonía. Olvidarte de todo. No haberlo conocido. No podías soportar que él muriera frente a ti, sin poder hacer nada para prestarle ayuda. Sin poder evitarlo.

Aquella tarde tú también moriste. Quedaste clavada en la pared de aquel pasillo en donde te apoyaste para no verlo. El mundo se hizo inmenso y desolado. Oscuro. Y no pudiste encontrar tu sombra. Masticaste con amarga paciencia las palabras que no pudiste decirle. Y te tragaste todo el rencor del mundo, sin lograr digerirlo por completo.

Era agosto. Y los tambores de la banda de guerra hacían resonar las paredes de vidrio y dejaban vacíos interminables que se poblaban de estupor y de angustia. Ahí, en la Fiscalía Militar, nadie podía comprender. Cada cual cumplía su misión en la mejor forma posible. El juez, su trabajo de juez, tratando de no mirar al acusado para no ver los evidentes signos de tortura. El acusado, tratando de no morir en ese instante para no dar problemas. Las madres, rezando rosarios infructuosos y suplicando a Dios, de mil maneras, un poco de clemencia. El torturador y el carcelero, mirando con hastío sus relojes, impacientes por volver a casa, satisfechos del deber cumplido.

Y tú ahí, contando las baldosas. Descifrando sus dibujos extraños. Haciéndote sonar las coyunturas. Escondiendo una culpa inconfesable. Envejeciendo un año por minuto. Inventándote nuevas esperanzas...

Y nada pudiste ver más allá de ese rincón donde él se esforzaba por no morir aún, donde él consumía gota a gota su residuo de vida, para hacerla durar hasta más tarde.

No había sol, porque era pleno invierno, sin embargo los vidrios que daban hacia el mar brillaban en el atardecer, melancólicamente. El vacío del mundo se concentraba allí y llenaba la sala. El antiguo cielo de tu ciudad del norte se partía en el medio y un río de sangre incontenible se derramaba sobre el valle. Las caricias perdían el sentido: eran gestos inútiles. La boca se llenaba de agua dulzona que te obligaba a vomitar el alma. Las piernas se te alargaban, se alargaban, empujándote en alto, tan alto que ya te era imposible ver tus pies, y te sentías disuelta, evaporada, flotando, sin raíces. Con una cabeza enorme que crecía palpitante, a punto de estallar. Luego un sudor helado. La desenfundada carrera sin sentido de tu extraviado corazón. Y un silencio de muerte.

Y desde el otro lado del mundo logras escuchar el rumor de las olas en las noches en que el mar se retuerce descontento y los perros insomnes ladran a los fantasmas que tan sólo ellos ven. El lejano canto de un gallo a medianoche no logra desvelarte. Cambias de posición y ves pasar el mismo sueño bajo tus párpados, llenándote de incertezas, de interrogantes, de esas adivinanzas sin respuestas que proponen los sueños.

Y la Alameda se extiende una vez más frente a tus ojos, por el lado de adentro, y ves pasar las filas estremecidas de muchachos y muchachas con lienzos y banderas. Escuchas sus gritos y consignas. Sigues el rumor de la marcha. Estás ahí de nuevo y nada ha sucedido.

Debes buscar un lugar en el tiempo, un lugar sin dolor, sin nostalgia. Un segundo de inconsciente dicha, en este lamento persistente, incesante.

La tierra era toda nuestra, en un principio, toda a nuestra disposición. El mundo estaba en nuestras manos. De nosotros dependía su destino. Éramos creadores, protagonistas incansables, activos soñadores irreverentes. Después vino ese despertar lleno de miedo, con las noticias de la radio a todo volumen. Los tanques y patrullas recorriendo las calles. Llegaron el terror, la cobardía, el egoísmo y la impotencia a amarrarnos las manos. A cerrarnos la boca. A vendarnos los ojos. Pero nadie nos tapó los oídos, y los gritos desgarradores de los torturados aún resuenan dentro de nosotros. Y los sonidos de las sirenas de la guardia nocturna siguen estremeciéndonos. Y los disparos en medio de la noche. Y las ráfagas de metralleta. Y los nombres de los fusilados.

Por eso no sirve mirar desde el balcón la inocente elegancia de las ramas del árbol que se mueven al contacto del viento. Eso no sirve. Nada sirve para hacerte olvidar lo que no has visto, pero has imaginado detalle por detalle en esas largas noches de la ausencia, en que la pieza se te llena de imágenes y debes abrirte paso entre ellas a empujones y a codazo limpio. Tratando de no mirar. De no mirar. Porque lo verías repetido en millones de espejos. Un espejo que algún niño quebró. Que ya no existe. Y tú no quieres eso. Quieres la paz que buscas vanamente desde hace tantos años. Esa paz que perdiste cuando abriste los ojos y descubriste que tu ración de mundo se había desplomado para siempre.

Caminas entre ruinas. Entre cenizas apagadas. Ya no hay nada de aquella vez. Tu casa ha desaparecido. Los brazos se te hicieron agua y tus manos se disolvieron en una llovizna cuando trataste de acariciar su frente. Porque todo llega a su fin, y también esas tardes junto al río, soñando despiertos, edificando futuros imposibles, irrealizables. Engañando al presente con historias.

La casa tiembla, se estira, cruje y se acomoda. Se dispone a dormir. Con todas sus piezas y sus patios. Con sus grietas recientes y derrumbes antiguos. La noche se va extendiendo por el mundo. Con sus brazos enormes cubre toda la tierra. No hay estrellas ni luna. El universo es de una oscuridad impenetrable.

Ana Marín Molina.-

La Historia que podemos contar

<http://www.lashistoriasquepodemoscontar.cl>

LA PRIMAVERA DEL 75



En recuerdo de Alonso Lazo Rojas y
Federico Álvarez Santibáñez

Ana Marín Molina

En plena primavera del año 1975, mientras en todas las casas de la población se oyen las notas de "Pequeña y frágil", Federico me dice: "Mañana vendrán dos compañeros a almorzar: el Negro

Alejandro y el Mono Chico".

Al Mono Chico lo conozco, lo he visto algunas veces. Un muchachito de 17 años que realiza tareas de enlace. Su misión es mantenernos en contacto con otro compañero -el Mono Grande- que ha escapado a la represión, pasando a la clandestinidad. "Se escapó jabonado", precisa Federico. "¡Es más resbaloso que un congrio!"

Federico, a quien le encanta inventar sobrenombres, los ha bautizado así. El Mono Grande representa el eslabón que faltó a la DINA para continuar con una larga cadena de detenciones. "Es el eslabón perdido", dice. Y de ahí se le ocurre la idea de los 'monos'. Yo me río de sus chistecitos que casi nadie entiende.

"¿Quién es el Negro Alejandro?", pregunto. "Ya lo conocerás", responde el Chico con un alegre aire de misterio.

"¿Y qué preparo de comer?" Contamos sólo con ollitas y cacerolas chicas suficientes para dos personas: pero seremos cuatro. Primera vez que tendremos invitados en la pequeña pieza que arrendamos en una población de Vallenar. "Prepara la pizza", sugiere Federico. Acepto de buen grado la idea.

Al día siguiente muy temprano, Federico va al centro. Luego regresa en compañía de un muchacho moreno, alto, delgado, y con una sonrisa deslumbrante. Es el Negro Alejandro, quien me saluda con mucho cariño como si me conociera desde siempre. Quedo al instante conquistada por su gran simpatía.

Mientras Federico prepara unos papeles, nos sentamos a conversar. Alejandro me muestra una foto. Es una hermosa foto donde veo a un niño que ríe divertido, luciendo un casco de minero demasiado grande para él. "Es mi hijo", dice el Negro con orgullo. "¡Muy lindo!", digo yo, y contemplo la foto sin atreverme a preguntarle nada. En mi mente suenan las palabras que oigo siempre decir a Federico: "No preguntes, no cuentes, ni dejes que te cuenten. Mientras menos sepas de los otros, mejor".

Poco después, el Chico y Alejandro salen, diciendo que a mediodía volverán con el Mono. Antes de irse, Federico me advierte: "No le echés mucha sal a la pizza... ¡Mejor que 'fafalte' antes que zozobre!"

Como a las doce y media ya tengo todo listo y cerca de la una los veo llegar. Vienen muertos de risa. Entran bromeando y conversando. Y muestran -como si se tratara de un trofeo- una gran bolsa de papel llena de nísperos.

"¿De dónde sacaron estos nísperos?", digo probando uno. "¡Son exquisitos!". "Se cuenta el milagro, pero no el santo", dice Federico. "Es un regalo que nos hizo alguien", confiesa el Mono. "Alguien que posee un gran huerto", agrega el Negro. Van a lavarse y a refrescarse un poco en el pilón del patio y luego nos sentamos a almorzar. Estamos bien estrechos en aquella mesita. Iniciamos a servirnos la pizza y -al cortarla- me doy cuenta de que quedó bastante dura.

Federico y el Negro empiezan a recordar anécdotas de sus tiempos de estudiantes en la Universidad de La Serena. Hablan de otros amigos que el Mono Chico y yo no conocemos. Nos sentimos fuera de lugar, sin poder intervenir en la conversación. Pero, por otra parte, es lindo contemplar a esos muchachos grandes intercambiando historias y noticias de días más felices.

De pronto noto que el Mono Chico -en completo silencio y gran concentración- hace esfuerzos sobrehumanos tratando de cortar un pedazo de pizza. Los servicios tienen mango de plástico. Veo que el mango del cuchillo del Mono se ha quebrado, y él -sin decir nada- lo mantiene adherido a duras penas y trata de seguir usándolo.

"¿Se te quebró el cuchillo?", digo yo, sin poder contener más la risa. "No importa. No te preocupes. Son servicios de mala calidad. Se rompen solos... ¡No me ofendo si dices que la pizza me quedó como piedra!... Estamos en confianza: tómala con la mano".

La atención de los más grandes se dirige por fin hacia nosotros. Federico tiene 28 años y Alejandro tal vez pocos menos. Hacen frente común contra el Mono Chico y yo, porque somos más jóvenes.

Empiezan a reír del Mono y de su gran odisea al tratar de servirse la pizza utilizando ese cuchillo roto. Trato de defenderlo. Al final terminamos los cuatro riendo por tonteras.

Estamos contentos de estar ahí juntos: conversando, bromeando, compartiendo una pizza durísima.

Alejandro habla de largas y extenuantes caminatas que hacían en grupo por Coquimbo y Serena, escalando los cerros. "Un día íbamos muy cansados", cuenta, "ya no podíamos más, y -al llegar a la cumbre- lo único que queríamos era sentarnos por ahí o tirarnos al suelo a descansar un rato... Sólo este Chico quiso quedarse en pie contemplando el paisaje... ¡Y luego nos llamaba para que fuéramos a disfrutar con él del lindo panorama!... ¡Nos daban unas ganas de pegarle!" Federico ríe divertido, recordando la escena.

Conversan de una y mil cosas gran parte de la tarde y a un cierto punto -no sé por qué- sale el tema de la baja estatura de Federico. Es verdad que tanto el Negro como el Mono son altos. Y sienten el irreprimible impulso de bromear y molestar al Chico: "Chico, ¿cuánto mides?", le preguntan riendo. "¿No nos quieres decir?" "¡Confiesa! ¿Cuánto mides?"

Federico trata de desviar el tema, pero ellos insisten. Hasta que pierde la paciencia y dice: "Para arriba mido uno y sesenta... Pa' delante... ¡Dos metros!" Y me lanza una mirada victoriosa, sonriendo con malicia. Los muchachos se quedan mudos, consternados, perplejos. No esperaban una respuesta así. Luego estallan en grandes carcajadas.

Llega la hora de despedirse y los dos compañeros se van.

Se acerca ya la noche de este insólito día, pero aún no terminan las sorpresas. Mientras Malena canta el tango como ninguna, vemos aparecer al Negro.

"¡Qué pasa!", pregunta Federico, al tiempo que se pone de pie. "Nada", dice él. "Perdí el bus". Luego agrega: "No tengo en qué viajar a Copiapó. Por favor, déjenme pasar la noche con ustedes. Me iré mañana a primera hora: en el bus de las siete".

Con Federico nos miramos inciertos. No hay problemas en que el Negro Alejandro se quede. Mas, ¿dónde dormirá?... Tenemos sólo una cama de plaza y media. "¿Dónde vas a dormir?", pregunta Federico. "En cualquier parte", le responde el Negro. Y mira alrededor en busca de algo: "Aquí: sentado en esta silla", dice. Y

viendo que los dos lo miramos dudosos, empieza a 'suplicarnos', poniendo en juego toda su simpatía: "Déjenme pasar la noche aquí, muchachos. No tengo dónde ir". "De acuerdo", decimos con el Chico.

Vuelve a reinar la alegría en la casa y me divierto escuchando sus conversaciones mientras preparo algo para la cena.

Comemos y hacemos sobremesa hasta tarde. Federico y el Negro tienen mucho que hablar. No se quedan ni un momento en silencio. Recuerdan tantas cosas. Poco a poco se hace sentir el sueño. "Niños, ya es más de medianoche", digo. "Mañana debemos levantarnos temprano".

Ellos se alzan y empiezo a imaginar una cama para el Negro Alejandro. No es posible que duerma en una silla. Veo en un rincón de la pieza una ruma de diarios que Federico compra para estar informado. "Hagamos una especie de colchón usando esos papeles", les propongo entusiasta.

Y en el único hueco libre de la pieza -junto a nuestra cama- preparamos un colchón de emergencia extendiendo en el suelo Terceras y Mercurios, los cuatro cojines de las sillas y unas pocas toallas para que quede más blando. Luego busco las sábanas, un almohadón para que el Negro apoye la cabeza y -como no tenemos más frazadas- le tiramos arriba algunos chaquetones. Es primavera, sí, pero de noche todavía hace frío.

Los tres -muy contentos por el resultado- hacemos turnos para lavarnos y luego nos vamos a la cama.

Al día siguiente me despierta el rumor de la tetera hirviendo. Alejandro ya está en pie, listo para partir, y nos ha preparado el desayuno. Se sirve un poco de té con mucha prisa y -agradeciéndonos de nuevo por haberle dado asilo aquella noche-, se despide de nosotros abrazándonos fuerte. "Nos vemos", dice al cerrar la puerta. Y en el aire queda flotando su sonrisa.

Nunca más vuelvo a verlo.

Poco tiempo después, nos llega la noticia de que lo han detenido en Copiapó junto a su esposa y a otros compañeros. Corren rumores de que lo han torturado. De que ha muerto en tortura. "Hicieron desaparecer al Negro Alonso", murmura con tristeza Federico, usando por primera vez en mi presencia el verdadero nombre de su amigo.

El compañero Alonso Lazo Rojas, había estado en nuestra casa, conocía nuestra dirección, sabía muy bien dónde vivíamos. Sin embargo, no habló. Soportó la tortura. No dio ninguna información a sus verdugos, protegiéndonos con su silencio.

Pero la primavera del 75 no trajo sólo cosas tristes. Federico y yo descubrimos con inmensa alegría que estábamos esperando un hijo. Decidimos llamarlo Alejandro, en recuerdo del Negro.

-----0-----

Ilusión y Realidad

Alonso Lazo Rojas

Poema escrito en el año 1969 (Contribución de su hermana Sarilene Garcia)

¡¡¡ Si soy dueño de mis pensamientos
también puedo expresarlos !!!.
La lluvia se deja caer,
violentemente sobre esta tierra seca,
el olor a tierra mojada
ya se deja sentir.
¡Por fin! hay agua,
los árboles, las plantas parecen regocijadas,
el viento parece susurrar una sinfonía
los truenos son explosiones de alegría y felicidad
las montañas se empiezan a engalanar
de un manto blanco, diáfano, puro,
el río parece que buscara con más desesperación
su crucial encuentro con su padre: el mar,
hasta los animales vibran,
¡si es alegría! de poder por fin saciar esa sed
que quitaba poco a poco la vida
¿pasto tierno?
quizás en poco tiempo
ya haya.
Inmensos goterones golpean sin cesar
los farolitos de los humildes ranchos.
El olor a pan candial se esparce
por la casa de Ña Eufemia,
es su hija la Josefa la que lo hace
sus manos morenas, limpias
parecen jugar con la masa,
Ña Eufemia también se siente contagiada
y los picarones y las sopaipillas
son las delicias de los niños.
Don Yaco en un rincón
se ha sentado en una pequeña silla de totora
toma la guitarra
y con suaves rasgueos...
con su voz llena de vigor y picardía
hacen reír a su vieja Eufemia.
En una parte de Chile
la vida tiene su sabor
renace por fin la alegría
en el campo,
ya el campesino podrá tener pan
humilde, si, pero con un sabor dulce,
no tan amargo como el que venían comiendo.
Llegó el otro día,
un sol abrasador e implacable

envuelve el ambiente
¿que ha sucedido?
los árboles parecen espectros
plantas y hierbas realmente ya no existen,
la cordillera impávida, erguida,
ni un copo de nieve la cubre,
los animales sufren en silencio,
con la cabeza erguida
parecen observar su triste destino,
mordisquean un quisco,
aunque jugoso
cruel con espinas,
parecen castigar a los pobres brutos,
solo los pajarillos con su gorjeo
parecen animar este terruño
no obstante el trino es triste
será éste una forma de demostrar
su impotencia.

Don Yaco con su azadón
trata de abrir esta tierra
que el opone resistencia,
el trigo se encuentra caído, desfallecido
que cara tendrán los niños, su vieja Eufemia
al saber la funesta noticia,
no habrá pan.

Era ilusión, estaban soñando?
Si era un sueño hermoso
que le hizo olvidar por un instante
el dolor, la impotencia, el hambre,
la triste realidad,
el triste futuro.

ALONSO LAZO ROJAS, casado, estudiante de Pedagogía en Castellano U. de Chile, La Serena, militante del MIR, fue detenido el 14 de noviembre de 1975 junto a su esposa Nicza Estrella Báez Mondaca, por el Servicio de Inteligencia Militar, en el domicilio de calle Juan Martínez N°321 de Copiapó.

Los hechos se habían iniciado días antes, cuando el domicilio donde el afectado arrendaba una pieza junto a su cónyuge (Chañarcillo 171), fue allanado por 9 civiles quienes dijeron andar buscando a una tal "Rosario". Después de unos minutos los desconocidos se retiraron del lugar sin llevar detenidos. La dueña de casa, Zulema Tham Salgado, pidió entonces a Alonso Lazo que la acompañara a dar cuenta a Carabineros de lo ocurrido. Como él se negara a hacerlo, salió sola y, al retornar, se encontró con una nota de sus arrendatarios donde le informaban que se iban a la playa. Al día siguiente, nuevamente el domicilio fue allanado, esta vez por civiles y carabineros. Estos entraron a la pieza que había ocupado Alonso Lazo y Nicza Estrella Báez, rompieron el piso y se fueron llevándose libros y revistas. Después de irse de la casa de Zulema Tham, el afectado y su esposa se alojaron donde Carolina Quezada Nievas, calle Juan Martínez N°321, de Copiapó. Cuando el matrimonio llevaba allí dos días, el 14 de noviembre de 1975, llegaron 6 civiles - entre ellos un militar que usaba una boina negra- los que exhibieron a la hija de la

dueña de casa, Livia Georgina Zavala, una tarjeta plastificada en la que ella alcanzó a leer "Servicio de Inteligencia Militar".

Los agentes reconocieron a Nicza Estrella Báez y la tomaron por los brazos, mientras uno de ellos dijo a Carolina Quezada "no sabe la pomadita que es ésta". En esos momentos se hizo presente Alonso Lazo, pidiendo que no le hicieran daño a ella. De inmediato los aprehensores lo tomaron y procedieron a llevárselos a ambos detenidos.

Alonso Lazo Rojas y Nicza Estrella Báez Mondaca fueron trasladados al Regimiento de Infantería Motorizada N°23 "Copiapó", cuyo comandante era el Teniente Coronel Arturo Álvarez Sgolia, Jefe de la Zona en Estado de Emergencia e Intendente de Atacama, donde fueron separados. Posteriormente -según lo declaró Nicza Estrella Báez- los juntaron nuevamente y los vendaron, interrogaron y castigaron. Ella pudo escuchar cómo maltrataban al afectado. Luego de esto, ella fue conducida a otro cuarto donde, por una casualidad, supo que Alonso Lazo estaba en la misma sala que ella, pues éste al oír su voz le habló. Fue el último contacto que tuvo con su marido.

Durante los siguientes días, Nicza Estrella preguntó, por lo menos dos veces por el afectado y le respondieron que lo habían trasladado a Santiago. Después, la testigo no recuerda la fecha exacta, fue trasladada a Santiago en calidad de incomunicada al recinto de Cuatro Alamos, quedando en libre plática en Tres Alamos el 19 de diciembre de 1975. Salió en libertad en mayo de 1976.

En la misma época de la detención de Alonso Lazo y su esposa, se producían en Copiapó otras detenciones relacionadas con una base mirista que funcionaba en esa ciudad. El hecho fue ampliamente publicitado e incluso significó una conferencia de prensa dada por el Teniente Coronel Arturo Álvarez Sgolia, quien entregó los nombres de 7 detenidos entre los cuales figuraba el de Nicza Estrella Báez, pero no el de Alonso Lazo Rojas. Por su parte, los distintos diarios locales informaban del desbaratamiento de una célula del MIR, por funcionarios del SIM, agregándose que los detenidos "serán llevados a Santiago para ser puestos a disposición de los Tribunales Militares".

Sin embargo, en relación al afectado, el 21 de noviembre de 1975, el Teniente Coronel Arturo Álvarez Sgolia, respondió a una carta de Marcelino Lazo reconociendo la detención de la víctima y agregando que "el 18 de noviembre de 1975, mientras se encontraba detenido en el predio militar y se le daba su alimentación agredió a un centinela dándose a la fuga".

FEDERICO ALVAREZ SANTIBÁÑEZ, militante del MIR y antiguo miembro de la Federación Laica de Estudiantes de Chile, era químico laboratorista y profesor de química en el Liceo de Maipú. Había egresado del Liceo de Hombres de La Serena y de la Universidad de Chile de esa misma ciudad. Falleció en agosto de 1979 tras haber sido detenido por carabineros que informaron que instalaba un poderoso artefacto explosivo. Otras versiones de carabineros participantes en el arresto, indican sin embargo, que se encontraba lanzando panfletos en contra de la dictadura.

Posteriormente lo apresa el CNI quienes, forzados a dejarlo declarar ante la Fiscalía Militar, lo exponen ante abogados presentes que aprecian las terribles condiciones

en que se encontraba, a pesar de lo cual no se le remitió a un hospital. Al día siguiente falleció. Se le diagnosticaron contusiones múltiples, hemoptisis e insuficiencia pulmonar, esto, a pesar de que oficialmente se explicó su muerte como consecuencia de que para reducirlo, un carabinero había tenido que darle un golpe en la cabeza.

Sin embargo, de los antecedentes, especialmente del sumario llevado a cabo por el Colegio Médico en contra de los facultativos que participaron en los hechos, indican que Federico no murió de un golpe en la cabeza, sino de las torturas ocasionadas por la CNI. Dejó una viuda y un hijo y, el recuerdo maravilloso de un hombre consecuente que se atrevió a enfrentar a la dictadura a pesar del momento extremadamente adverso en que se encontraba.

La Historia que podemos contar
<http://www.lashistoriasquepodemoscontar.cl>

-----0-----

Federico Álvarez Santibáñez, muerto en tortura en 1979



Militante del MIR y ex alumno del Liceo de Hombres de La Serena, era químico laboratorista y profesor de química en el Liceo de Maipú. Había egresado de la Universidad de Chile Sede La Serena. Fue detenido en agosto de 1979 por carabineros que lo acusan de instalar un artefacto explosivo y lo entregan a personas del CNI que lo asesinan a golpes. Dejó una viuda y un hijo y, el recuerdo maravilloso de un hombre consecuente que se atrevió a enfrentar a la dictadura a pesar del momento extremadamente adverso en que se encontraba.

La Historia que podemos contar
<http://www.lashistoriasquepodemoscontar.cl>

-----0-----

Actualidad:

Querrela contra Pinochet y otros

El 29 de marzo del 2001 en los Tribunales de Justicia en Santiago, se presentó, por parte de los Familiares, amigos y compañeros de los miembros del MIR caídos en la lucha antidictatorial, una **Acción Judicial**, en contra de todos los que resulten responsable de las desapariciones, ejecuciones y torturas de cerca de 585 miembros de la organización.

En la oportunidad hijos, madres, hermanos, sobrevivientes marcharon con la emoción, el recuerdo y la decisión de exigir verdad y justicia. Fue una acción que reafirmó la historia común que unió a todos y reafirmó que no existe el olvido en ellos y, por el contrario aún les unen lazos indestructibles que perviven en el tiempo y el espacio.

La querrela es patrocinada por los abogados Hiram Villagra y Alberto Espinoza. La cual finalizan planteando: *“RUEGO A US. tener por interpuesta denuncia y querrela criminal por el delitos ya descritos en contra de Augusto Pinochet Ugarte, Marcelo Moren Brito, Manuel Contreras Sepúlveda, Pedro Espinoza Bravo, Alvaro Corvalán Castilla, todo los demas mencionado en el cuerpo de esta presentacion y quienes resulten responsables del mismo, acogerla a tramitación decretar las diligencias que se solicitan en el segundo otrosí, someter a proceso a los que aparezcan como culpables, y en definitiva sancionarlo al máximo de las penas que señala la Ley.”*



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME: <http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile y secundariamente de América Latina. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quienes agradecemos poder publicar su trabajo. Deseamos que los contenidos y datos de documentos o autores, se presenten de la manera más correcta posible. Por ello, si detectas algún error en la información que facilitamos, no dudes en hacernos llegar tu [sugerencia / errata.](#)

© CEME web productions 1999 -2009